

unía y se paraba, como se ven pasar las sombras en los sueños de una noche agitada.

—Ya he visto bastante — dijo Mr. Pickwick, echándose en una silla, en un cuartito. — Mi cabeza está fatigada de estas escenas estrepitosas y mi corazón también. En adelante, seré prisionero en mi misma habitación.

Mr. Pickwick cumplió la palabra. Durante tres largos meses permaneció encerrado todo el día, no saliendo por la noche más que á respirar el aire, cuando la mayor parte de los otros prisioneros estaban en la cama, ó se regalaban en sus habitaciones. Su salud comenzaba á resentirse evidentemente con tan rigurosa reclusión; pero ni las reiteradas súplicas de sus amigos y de Mr. Perker, ni las advertencias aun más frecuentes de Sam, pudieron decidirle á cambiar una jota en su inflexible resolución.

CAPITULO XLVI

Donde se refiere un acto de delicadeza conmovedora, realizado por M^{rs}. Dodson y Fogg, no sin cierta dosis de broma.

Hacia el fin del mes de julio, un cabriolet de alquiler, cuyo número no se ha especificado, avanzaba rápidamente hacia Goswell-Street. Iban en él tres personas, además del conductor, colocado como de ordinario en su asientito del lado. Del testero pendían dos chales, pertenecientes según toda la apariencia á dos señoras de aspecto agrío, sentadas en dicho testero. Un caballero grueso y sumiso estaba cuidadosamente comprimido entre las dos damas, siendo inmediatamente regañado por la una ó por la otra, en cuanto aventuraba cualquier observación, por ligera que fuese. Estos tres personajes daban al mismo tiempo instrucciones contradictorias al cochero, que todas tendían al mismo objeto; detenerle á la puerta de mistress Bardell; pero en tan-

to que el grueso caballero pretendía que esta puerta era verde, las dos damas sostenían que era amarilla.

—Cochero — decía el caballero, — parad en la puerta verde.

—¡Qué sér tan insoportable! — exclamó una de las damas. — Cochero, deteneos en la casa que tiene la puerta amarilla.

El cochero, que había detenido su caballo tan bruscamente que por poco vuelca el cabriolet para parar á la puerta verde, al oír la nueva indicación se dejó caer sobre sus piernas diciendo:

—Arreglado entre vosotros. Para mí es igual.

La disputa volvió á comenzar con nueva violencia, y como una mosca atormentara al caballo en la nariz, empleó el cochero humanamente su odio en azotarle las orejas, siguiendo el sistema medicinal de los revulsivos.

—La mayoría es la que decide — dijo al fin una de las damas. — Cochero, la puerta amarilla.

Cuando el cabriolet hubo llegado triunfalmente delante de la puerta amarilla, haciendo más ruido que un carronato, siguió la observación de una de las damas, y después que el cochero bajó para ayudar á éstas, la cabecita redonda de Mr. Bardell se dejó ver en la ventana de una casa que tenía la puerta roja, algunos números más allá.

—¡Sér insoportable! — exclamó la primera dama, lanzando al caballero grueso una mirada capaz de reducirle á polvo.

—Pues, querida, tanto es vuestra la falta como mía.

—¡Callaos, imbécil! La casa de la puerta roja, cochero. Si ha habido alguna pobre mujer á quien se haya reunido con una criatura que se complazca en ponerle en ridículo ante los extraños, puedo vanagloriarme de ser esa mujer.

—Debíais moriros de vergüenza, Raddle, — dijo la segunda dama, que no era otra que mistress Cluppins.

—Pero, decidme al menos: ¿qué es lo que he hecho?

—Callaos bruto, no me hagáis olvidar la secta á que pertenezco, y me rebaje hasta pegaros.

Durante esta conversación matrimonial, el cochero conducía al caballo ignominiosamente por la brida, y se detenía delante de la puerta roja, que Mr. Bardell había abierto ya. ¡Qué manera de presentarse delante de la puerta de una amiga! En vez de llegar con todo el fuego, con toda la furia del noble corcel, en vez de hacer que el cochero llamase á la puerta, en vez de abrir la portezuela con estrépito, y en el momento preciso para no sufrir una corriente de aire, en vez de hacerse

dar un schal como si se llevase un doméstico propio, todo el gasto era perdido; aquello era más vulgar que ir á pie.

—Vaya, Tommy — dijo mistress Cluppins; — ¿cómo va esa pobre madre?

—Va muy bien; está en la sala de delante, ya dispuesta; yo también lo estoy.

Al hablar así Mr. Bardell, hundía sus manos en los bolsillos y se entretenía en saltar, dando con los talones en las aposentaderas.

—¿Viene alguien con nosotros? — volvió á preguntar mistress Cluppins aceptando sus pieles.

—Mistress Sanders va también, y yo; yo también voy.

—¡Peste de chicuelo! no piensa más que en él mismo. Decid, Tom, hombrequito...

—¿Hein?

—¿Quién viene más, amor mío? — continuó mistress Cluppins de una manera insinuante.

—¡Oh! mistress Rogers viene también — exclamó mister Bardell abriendo los ojos con todas sus fuerzas.

—¿Quién? ¿la dama que ha alquilado la habitación? — exclamó mistress Cluppins.

Mr. Bardell sepultó sus manos más profundamente en los bolsillos, y bajó la cabeza treinta y cinco veces, ni más ni menos, para demostrar que se trataba con efecto de la dama de la habitación.

—¡Vaya! — exclamó mistress Cluppins, — eso es una verdadera boda.

—¿Pues qué diríais si supieseis lo que hay en el buffet? — añadió Mr. Bardell.

—¿Pues qué hay, Tommy? — exclamó mistress Cluppins con aire seductor. — Estoy segura de que vais á decírmelo.

—No, no quiero, — repuso el interesante heredero sacudiendo la cabeza un número indeterminado de veces y volviendo á saltar sobre el escalón.

—¡Qué bestiecilla! — murmuró mistress Cluppins; — Tommy, contadlo á vuestra querida Cluppins.

—Mamá no quiere; si no hablo, tendré; si hablo, no.

Y regocijado por esta agradable perspectiva, se dedicó el pródigo joven á sus manejos infantiles. Esta especie de interrogatorio había tenido lugar en tanto que mister Raddle, y el cochero disputaban sobre el precio de la carrera; habiendo terminado el altercado en ventaja del automedonte, entró mistress Raddle en la casa horriblemente alterada.

—¡Cielos! ¿qué tenéis, María Ana? — preguntó mistress Cluppins.

—¡Ah, Betsy! aun estoy temblando; Raddle no es

un hombre; lo deja todo á cargo mío.

Este ataque contra la virilidad del pobre Raddle no era leal; porque desde el principio de la disputa había sido puesto á un lado por su amable esposa y recibió la orden perentoria de cerrar el pico.

Fuera como fuese, no tuvo tampoco tiempo de defenderse. Al apercibirlos desde la ventana, mistress Bardell, mistress Sanders, la inquilina y la sirvienta de la inquilina, salieron precipitadamente y llevaron á la interesante lady adentro, hablando todas á la vez y abrumándola con expresiones de simpatía y de piedad, como si hubiera sido la persona más degradingada de la tierra; la depositaron en un sofá; y habiendo corrido la señora del primer piso á buscar un pomo de salvolote, cogió á mistress Raddle por el cuello y se lo aplicó bajo la nariz, con toda la solicitud propia del bello sexo. Después de numerosos espasmos, después de haber bregado bien la dama desconocida, se vió obligada á declarar que se encontraba mejor.

—¡Oh, pobre criatura! — exclamó mistress Rogers; — ¡Comprendo lo que sufre; lo comprendo muy bien!

—¡Ah, pobre criatura! Yo también lo sé — repitió mistress Sanders.

Y todas las damas empezaron á gemir de acuerdo, diciendo que ellas también sabían lo que era aquello y la compadecieron de todo corazón; hasta la criada de tres pies de alto y de trece años de edad, manifestaba su profunda simpatía.

—¿Pero qué es lo que sucede? — preguntó la señora Bardell.

—Sí — añadió mistress Rogers; — ¿qué es lo que os ha puesto en ese estado, señora?

—He sido contrariada — respondió mistress Raddle en tono de queja.

Todas las señoras echaron en seguida á Mr. Raddle miradas llenas de indignación.

—El hecho es — dijo este desgraciado caballero adelantándose, — el hecho es que cuando nos hemos bajado á la puerta, hemos tenido una disputa con el cochero.

Un grito de su mujer hizo imposible toda otra explicación.

—Raddle — dijo mistress Cluppins, — haríais bien en dejarnos solas con ella para hacerla volver en sí, pues no volverá mientras vos estéis aquí.

Todas las damas fueron de la misma opinión. Mister Raddle fué empujado fuera de la habitación y obligado á tomar el aire en el corredor. Hacía ya un cuarto de hora que se paseaba, cuando llegó á anunciarle mistress Bardell con aire solemne que podía entrar ya, pero que

debía tener cuidado con la manera de conducirse con su mujer.

Mistress Bardell sabía bien que él no tenía malas intenciones; pero María Ana no estaba muy fuerte, y si él no tenía cuidado, podría perderla en el momento que menos lo esperase, lo cual le ocasionaría después terribles remordimientos.

Mr. Raddle oyó todo esto y otras muchas cosas más, y entró por fin en la sala sumiso como un corderillo.

—¡Dios mío! mistress Rogers — dijo mistress Bardell; — nadie os ha sido presentado. Mr. Raddle, señora; mistress Cluppins, mistress Raddle.

—Hermana de mistress Cluppins — observó mister Sanders.

—¡Ah! ¡muy bien! — dijo mistress Rogers graciosamente, porque era locataria, y siendo su criada la que debía servir, estaba en el caso por su posición de ser más graciosa que íntima. — ¡Muy bien!

Mistress Raddle sonrió agradablemente, Mr. Raddle saludó y mistress Cluppins declaró que se tenía por muy dichosa en tener la honra de conocer á una persona de quien había oído decir tantas cosas agradables. Este bien acabado cumplimiento fué recibido por la dama del primer piso con una perfecta condescendencia.

—¿Sabéis, Mr. Raddle — dijo mistress Bardell, — que debéis consideraros muy honrado con que vos y Tommy sean los únicos caballeros encargados de escoltar tantas damas al jardín español de Hampstead? ¿No sois de esa opinión, mistress Rogers?

—Sí, ciertamente; sí, señora — respondió mistress Rogers.

Todas las otras señoras repitieron:

—¡Oh! ¡ciertamente!

—Sin duda alguna, señora, yo siento eso mismo — dijo Mr. Raddle frotándose las manos y dejando percibir cierta tendencia hacia la alegría. — Y aun recuerdo que decía á mistress Raddle cuando veníamos en el cabriolet...

Al oír esta palabra que evocaba tantos recuerdos penosos, aplicó de nuevo mistress Raddle su pañuelo á los ojos, y no pudo contener un grito. Mistress Bardell frunció el entrecejo mirando á Mr. Raddle para hacerle comprender que procedería mucho mejor callándose, y después pidió con aire digno á la criada de mistress Rogers que pusiera el vino en la mesa.

A esta señal fueron revelados los tesoros ocultos del *buffet*, con ilimitada satisfacción de los asistentes y en honor de la locataria. Eran una porción de platos de naranjas y de bizcochos, una botella de Oporto y otra

del célebre Jerez de las Indias Orientales. Con grande consternación de mistress Cluppins se iba á poner á contar Tommy cómo había sido interrogado por ella sobre el contenido del *buffet*; mas por fortuna, queriendo beber y hablar á un tiempo, se le atravesó un vaso de vino de Oporto, lo cual puso su vida en peligro por algunos momentos, y ahogó en germen su relato.

Después de este pequeño incidente, fué á buscar la compañía el coche de Hampstead, llegando después de dos horas sana y salva al Jardín Español. El primer acto del desgraciado Mr. Raddle pudo ocasionar una recaída de su tierna esposa, por haber pedido te para siete personas, cuando — como le hicieron observar todas las damas á la vez, — nada era más fácil que hacer beber á Tommy en la taza de alguno, ó en la de todos, cuando el mozo volviese la espalda, lo que hubiera ahorrado te para uno sin que ninguno hubiese dejado de beberlo.

De todas maneras ya no había remedio, y el te llegó con siete tazas, siete copitas y pan y manteca en la misma escala. Mr. Bardell fué elevado por unanimidad al sillón presidencial; mistress Rogers se colocó á su derecha, mistress Raddle á su izquierda, y la colación caminó con alegría y buen éxito.

—¡Qué hermoso es el campo! — suspiró mistress Rogers; — en verdad que desearía vivir siempre en él.

—No os gustaría largo tiempo, señora — exclamó precipitadamente mistress Bardell, á quien no convenía que semejantes ideas tomasen cuerpo en el ánimo de su inquilina.

—Estoy segura, señora — dijo la pequeña mistress Cluppins, — que no estaríais contenta ni quince días; sois demasiado jovial y harto querida y buscada en la ciudad.

—Es posible, señora, es posible — murmuró dulcemente la inquilina del primer piso.

—El campo — observó Mr. Raddle, recuperando un poco de seguridad y de alegría, — el campo es muy bueno para las personas solas, que no tienen nadie que se interese por ellas, ó para las personas que tienen penas en el corazón, y toda esa clase de cosas. El campo para un alma herida, ha dicho el poeta.

Entre todas las palabras que podía haber proferido el desgraciado caballero, no podía haber hallado otras peores. Mistress Bardell no dejó de romper en lágrimas á esta cita, y quiso dejar la mesa en seguida, lo que, visto por su tierno hijo, ocasionó que se pusiera á dar gritos espantosos.

—¿Es posible, — exclamó mistress Raddle volviéndole

se con furor hacia la inquilina del primed piso — es posible que una mujer se haya casado con un ser tan insoportable, que convierte en diversión el herir su sensibilidad todo el día?

—Querida, — dijo Mr. Raddle con voz plañidera, — yo no podía pensar...

—Vos no tenéis el menor pensamiento, — añadió mistress Raddle con el mayor desdén. — Idos de aquí; no puedo sufiros delante de mi vista; sois un bruto.

—No os atormentéis, María Ana, — interrumpió mistress Cluppins. — Es necesario cuidar de vuestra salud, querida; no paráis vuestra atención en ella. Idos, Raddle, idos; ya sabéis que se empeora cuando os ve. Tened buen corazón.

—Sí, sí, — dijo mistres Rogers aplicando de nuevo su pomo; — haríais bien en tomar vuestro te solo, caballero.

Mistress Sanders, que según su costumbre estaba muy ocupada con el pan y la manteca, expresó la misma opinión, y Raddle se retiró sin chistar.

Una vez conseguido esto, se empeñaron las damas en elevar á Tommy á los brazos de su madre; pero como era un poco grande para esta maniobra de niños, se enredaron sus pies en la mesa del te, ocasionando alguna confusión entre las tazas y los platillos.

Dichosamente, como cierta especie de ataques, aunque contagiosos entre las señoras, duraran rara vez largo tiempo, después de haber abrazado á su hijito y de haber llorado sobre sus cabellos, volvió en sí mistress Bardell, lo puso en tierra, se admiró de haber sido tan poco razonable, y se sirvió otra taza de te.

En este momento se oyó el rodar de un carruaje que se aproximaba, y las damas, levantando los ojos, vieron un coche de plaza detenerse á la puerta del jardín.

—Aún viene gente, — dijo mistress Sanders.

—Es un caballero, — exclamó mistress Raddle.

—¡Calla! — exclamó mistress Bardell; — es mister Jackson, el joven de casa de Dodson y Fogg. ¿Habrá pagado Mr. Pickwick?

—U ofrecido el matrimonio, — sugirió mistress Cluppins.

—¡Cómo tarda en acercarse ese señor! — dijo mistress Rogers; — ¿por qué no despacha?

Sin embargo, Mr. Jackson, después de haber dirigido algunas observaciones á un hombre de traje negro y raído que acababa de bajar del carruaje, y que llevaba en la mano un bastón grueso, se dirigió hacia el lugar donde estaban sentadas las señoras, arremolinando sus cabellos en torno de las alas de su sombrero.

—¿Qué hay de nuevo, Mr. Jackson? — preguntó ansiosamente mistress Bardell.

—Nada, señora, — respondió Jackson. — ¿Cómo va, señora? Os pido perdón, señora, de teneros que molestar; pero la ley, señora...

Profiriendo estas palabras se sonrió Mr. Jackson y dió un nuevo giro á sus cabellos, haciendo un saludo común á todas las damas. Mistres Rogers hizo observar al oido de mistress Raddle que verdaderamente era aquel un joven muy elegante.

—He ido á vuestra casa, — continuó Jackson; — y sabiendo que estábais aquí, he tomado un carruaje y he venido. Tenemos necesidad de vos en el acto, mistress Bardell.

—¡Necesidad de mí! — exclamó la dama, á quien lo inesperado de esta noticia había hecho estremecer.

—Sí, — dijo Jackson mordiéndose los labios; — es un asunto muy importante, muy apremiante, y que no puede ser prorrogado. Dodson me lo ha dicho expresamente, y Fogg lo mismo; hasta tal punto que he conservado el carruaje para que vengáis.

—¡Qué cosa tan rara! — exclamó mistress Bardell.

Todas las damas convinieron en que era muy rara; pero fueron de opinión de que debía ser muy importante, puesto que Dodson y Fogg habían enviado á Hampstead. Añadieron, en fin, que puesto que el negocio era importante, haría bien mistress Bardell en marchar inmediatamente á su estudio.

Cuando se es llamado de una manera tan apremiante por sus encargados de negocios, da esto una especie de relieve que es del todo desagradable, y no lo fué á mistress Bardell. Podía esperar razonablemente que aquello la realzaría en el concepto de su locataria. Hizo muchas tonterías, afectó hallarse vejada y excitada, y concluyó también porque hacía bien en partir. En seguida añadió con voz persuasiva:

—¿Y no refrescaréis un poco, después de vuestra carrera, Mr. Jackson?

—No hay mucho tiempo que perder, y además tengo ahí un amigo, — dijo este señalando al hombre del bastón gordo.

—¡Oh! pero haced entrar á vuestro amigo. — Os doy las gracias, — replicó Jackson con cierto embarazo.

—No está acostumbrado á la sociedad de las señoras, y eso le hace tímido; si queréis mandar al muchacho que le traiga alguna cosa, no estoy seguro de que lo beba, pero se puede ensayar.

Al acabar de decir estas palabras, se acercaban los

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
ALFONSO REYES

dedos de Jackson á su nariz con cierta expresi3n con que queria dar á entender que hablaba ir3nicamente.

El muchacho fué despachado inmediatamente hacia el caballero tímido, que consintió en tomar alguna cosa. Mr. Jackson tom3 también otra cosa, haciendo lo mismo las damas por esp3ritu de hospitalidad.

Habiendo declarado mister Jackson que era ya hora de partir, saltaron al coche mistress Sanders, mistress Cluppins y Tommy, dejando á las otras se1oras bajo la protecci3n de Mr. Raddle; mistress Raddle mont3 la 3ltima.

—Isaac, — dijo Jackson mirando á su amigo, que estaba sentado fumando un cigarro.

—¿Qu3 hay?

—Aquí est3 mistress Bardell.

—¡Ah! ya es tiempo de que yo lo supiese.

Habiendo entrado mistress Bardell en el carruaje, se coloc3 Mr. Jackson á su lado y partieron los caballos. Al ir marchando, admiraba mistress Bardell la perspicacia del amigo de Mr. Jackson.

—¡Qu3 malignos son estos hombres! — pensaba; — ¡c3mo reconocen á las gentes!

Al poco tiempo, mistress Cluppins y mistress Sanders se habian dormido; Mr. Jackson dijo á la viuda del aduanero:

—¿Sab3is que los gastos de vuestro negocio son bastante pesados?

—Siento mucho que no hayan podido conseguir que os paguen; pero, ¡qu3 diablo! ya que emprend3is las cosas por especulaci3n, es necesario sufrir un descalabro de vez en cuando.

—Me habia dicho que despu3s del proceso hab3is dado á Dodson y Fogg un pagar3 por el importe de los gastos.

—S3; por f3rmula.

—Sin duda; por f3rmula, como dec3is, — contest3 Jackson con tono seco.

El coche continu3 rodando y mistress Bardell se durmi3. Despert3 transcurrido alg3n tiempo, cuando el carruaje se deten3a.

—¡Qu3! — exclam3, — ¿estamos ya en Trecman's Court?

—No vamos desde luego hasta all3, — dijo Jackson; — ¿quer3is tener la bondad de bajar?

Mistress Bardell obedeci3 maquinalmente, pues a3n no habia despertado del todo. Se encontr3 en un lugar desagradable; un gran muro con una verja en medio; en el interior del vest3bulo ard3a un gran mechero de gas.

—Vamos, se1oras, — dijo el hombre del bast3n grueso dirigi3ndose al interior del coche y sacudiendo á mistress Sanders para despertarla; — bajemos.

Habiendo empujado mistress Sanders á su amiga, bajaron; mistress Bardell, apoyada en el brazo de Jackson y conduciendo á Tommy de la mano, habia entrado ya bajo el p3rtico.

La habitaci3n donde las tres se1oras entraron en seguida era a3n m3s singular que la entrada del edificio; ¡hab3a all3 tantos hombres de pie mirando fijamente á las damas!

—¿Qu3 lugar es este? — pregunt3 mistress Bardell deteni3ndose.

—Es una de nuestras administraciones p3blicas, — respondi3 Mr. Jackson haci3ndola pasar una puerta, volvi3ndos despu3s, para ver si les segu3an las otras mujeres.

—¡Atenci3n, Isaac! — exclam3.

—No teng3is cuidado, — respondi3 el hombre del bast3n grueso.

La puerta se cerr3 pesadamente tras ellos, y bajaron una escalera de algunos pelda1os.

—Al fin, ya estamos, — exclam3 Jackson mirando en torno suyo con aire triunfante, — sanos y salvos; ¿eh, mistress Bardell?

—¿Qu3 es lo que quer3is decir? — pregunt3 la dama cuyo coraz3n lat3a violentamente sin saber por qu3.

—Vedlo, — respondi3 Jackson llev3ndola un poco aparte. — No os asust3is, mistress Bardell; no ha habido jam3s hombre m3s delicado que Dodson, se1ora, ni m3s humano que Fogg. Era su deber como hombre de negocios hacerlos poner á la sombra por esos gastos; pero deseando economizar vuestra sensibilidad todo lo posible. ¡Qu3 consuelo para vos pensar en c3mo ha tenido lugar esto! Est3is en prisi3n por deudas, se1ora; os deseo buenas noches, mistress Bardell; buenas noches, Tommy.

Habiendo dicho estas palabras, se alej3 Jackson r3pidamente con el hombre del bast3n grueso. Otro individuo que se encontraba all3 con llaves en la mano, condujo á mistress Bardell casi desvanecida á un comedor del segundo piso. La desgraciada viuda lanz3 un grito de desesperaci3n; Tommy la acompa13 con un gru1ido; mistress Cluppins qued3 petrificada. En cuanto á mistress Sanders, huy3 sin m3s consideraciones, porque mister Pickwick, el hombre inocente y oprimido, estaba all3 tomando su raci3n de aire cuotidiano, teniendo cerca de s3 á Sam Weller, que al aperebir á mistress Bardell, se quit3 el sombrero con mofadora cortes3a, en tanto

que su amo giraba indignado sobre sus talones.

—No embroméis mucho á esa pobre mujer, — dijo el carcelero á Sam Weller; — no hace más que llegar.

—Prisionera; — exclamó Sam volviendo á ponerse el sombrero; — ¿á petición de quién? ¿por qué? Hablad pronto, viejo.

—Dodson y Fogg, — respondió el hombre, — en virtud de un pagaré por gastos.

—¡Aquí, Job! ¡Job! — vociferó Sam precipitándose á lo largo del corredor; — corred á casa de Mr. Perker, Job; tengo necesidad de él en seguida. Ved un negocio que creo que será bueno para nosotros. ¡Ah! ¡qué buena farsa! ¡hurrah! ¿Dónde está el señor?

Pero nadie respondió á estas preguntas, porque en cuanto Job supo de que se trataba, había partido como un furioso, y mistress Bardell se había desvanecido por completo.

CAPITULO XLVII

Dedicado principalmente á los negocios del interés y la ventaja personal de Dodson y Fogg. Reparación de Mr. Winkle en circunstancias extraordinarias. La benevolencia de Mr. Pickwick es más fuerte que su obstinación.

Job Trotter, sin disminuir en nada su rapidez, corrió á todo lo largo de Holborn. Unas veces se abría paso por en medio de la calle, otras por la acera, otras por el arroyo, siguiendo el lugar por donde veía más probabilidades de avanzar en medio del tropel de carruajes, de hombres, de mujeres y de chicos, que atestaban la larga calle, sin reparar en ninguna clase de obstáculos. No se detuvo ni un segundo hasta llegar á la puerta de Gray's Inn; apesar de toda su diligencia, hacia media hora que se había cerrado cuando llegó, y antes que hubiese descubierto el ama de gobierno de Mr. Perker, que vivía con una de sus hijas, casada con un depen-

diente de comercio no residente, que vivía en cierto número de cierta calle, cerca de cierta carbonería, algo detrás de Gray's Inn Lane, no faltaban más que quince minutos para que sonase la hora de cerrar la prisión por la noche. Era necesario desenterrar todavía á Mr. Lowten en el antelocutorio de *la María y el Tronco*, y apenas le había comunicado Job el mensaje de Sam, cuando sonaron las diez.

—¡Ah! ¡ah! — dijo Lowten; — no podréis volver esta noche, es muy tarde. Habéis tomado la llave de los campos, amigo mío.

—No os ocupéis de mí, — replicó Job; — yo puedo dormir, no importa dónde; pero sería conveniente ver esta noche á Mr. Perker, para que pueda conocer nuestro asunto mañana por la mañana.

—Mirad, — contestó Lowten después de reflexionar algunos instantes; — si se tratase de cualquier otra persona, no le gustaría á Perker que fuera á molestarle; pero como se trata de Mr. Pickwick, creo que puedo permitirme tomar un cabriolet por cuenta de los gastos del estudio para ir á buscarlo.

Habiéndose dedicado Mr. Lowten á seguir esta conducta, tomó su sombrero, rogó á la sociedad que hiciese ocupar su sillón por un vicepresidente durante su ausencia temporal, condujo á Job á la parada de coches más cercana, y escogiendo el de apariencia más rápida, dió al cochero estas señas: *Montagne Place, Russell Square*.

Mr. Perker había tenido gente á comer, como lo atestiguaban las luces que se percibían por las ventanas, el sonido de un piano cuadrado perfeccionado de salón, y el de una voz perfeccionable también de salón, que se escapaban por las mismas ventanas; todo, unido al olor un poco fuerte de vituallas, henchía la escalera. Era el hecho que un par de excelentes agentes de provincias habían ido á Londres, y Mr. Perker había reunido una agradable sociedad para recibirlos. Eran Mr Snicks, el secretario de la oficina de seguros sobre la vida; mister Prostant, el célebre abogado; tres procuradores, un comisario, un banquero quebrado, un abogado especial del Temple y su discípulo, pequeño joven de aire decidido, que había escrito un libro muy interesante sobre las leyes mortuorias, enriquecido con una porción de notas magistrales, y varios otros personajes tan amables como distinguidos.

Tal era la reunión de que se separó el pequeño Perker cuando se le anunció en voz baja que su pasante tenía que hablarle.

Al llegar al comedor encontró á Mr. Lowten con